

Henry A. Petrie

Dos obras de
jóvenes escritores
nicaragüenses



Colección: Ensayos



Dos obras de jóvenes escritores nicaragüenses

Henry A. Petrie

Ojos al infinito, el significado de lo perdurable

La poesía es vida, movimiento constante, belleza en la armonía de la naturaleza, conjugación de los sentidos, amalgama de colores y diversidad de ritmos. Vida, he dicho, sensibilidad solo posible en la capacidad perceptiva, interpretación del símbolo, la creación.

Nos convoca el libro de un hijo de Nandaime, un hombre, docente, poeta y narrador que, desde el dominio físico matemático, emprende procesos creativos en busca de significados más allá de su realidad presente, razón por la cual explora un firmamento de imágenes que a la postre, construyen una historia entrañable.

El libro, *Ojos al infinito*; el autor, Omar Alí Moya García, nacido en 1981, vástago de la maestra magnífica María Estela García Flores, gran lectora y escritora local muy apreciada por su pueblo. Él, con el zumo lector insuflado por su madre, como un juego de números, fórmulas y leyes, se hizo en la palabra. Estamos ante un maestro y poeta.

Ojos al infinito concentra 40 poemas agrupados en tres secciones: Retrospecciones, Difracciones y Biyecciones. De lenguaje sencillo, genuino y metáforas llanas. Denota dedicación, la espera que supo templar su tiempo, porque la construcción del poema debe ser paciente, para que logre su madurez con la vida misma. No es cierto que el poema, una vez acabado, quede estático, es un ente viviente que conspira y talla su plenitud, aunque esté sumergido en la oscuridad.

El poemario concentra un significado esencial de lo perdurable, la vida desde el infinito en el interior humano, extendida al amor, la cotidianidad, la familia, la sociedad, el Cosmos, la noche, el silencio... manifestación de un ser poético que acaricia el dolor, la herida, la ilusión primera y su posterior destroz. Pese a la temporalidad de las fuentes, queda lo trascendente, lo perdurable, como consecuencia infalible. El fruto de carne, sangre de la sangre, que se vuelve firmamento más cierto. El amor tiene diversas manifestaciones y connotaciones.

La primera sección, Retrospecciones. Es decir, la mirada al pretérito que se evoca. El poeta encuentra en este tiempo el amparo, el refugio, donde aún juega la niñez, la ingenuidad, de cuando se quedó dormido en la acera y el padre lo levantó, aunque no lo haya hecho más en la rueda del destino.

La casa es raíz profunda, el escudo frente a las vicisitudes de la vida y la frustración. Su soledad son amaneceres fríos, ausencia femenina. En la casa-refugio cálido está la madre, soporte del verdadero amor en el tránsito de la pasión al frío, al dolor, la soledad. La madre, recordada en pasado, está siempre presente.

El hijo-fruto, constancia de vida y realidad constante de presente extendido al futuro. Otra cualidad de amor, entrañable, donde padre-hijo sellan alianza trascendente, la complicidad de la ternura, el unicornio robado a Silvio, el significado auténtico y perdurable.

Segunda sección, Difracciones. Los poemas contenidos aquí, representan el desvío, la onda que traspasa alguna grieta, el haz en busca de respiro, el intento de calmar la angustia: «Ilusión desangrada del reloj, / acueductos de tristezas olvidadas...» (Incógnita, p. 32).

De pronto, en el andar hay que respirar otro ambiente, liberarse de la pesadez de la vida, abandonar los dolores e insomnios para buscar nuevas realidades, aunque nos contradigan o nieguen. Rebelarse, porque la vida no es rectilínea ni está determinada por un solo ángulo y contexto; los prismas juegan en paralelos, bifurcaciones, intercepciones e incluso, colisiones.

Y al evadir un determinado estado no implica la huida, el abandono, el olvido de lo que realmente ocurre en el interior. No es más que la difracción, el flujo de un halo de luz que se proyecta hacia el exterior y experimenta visiones distintas. Porque nada adentro es absoluto como afuera; el dolor, la frustración, siempre serán reflejos de un cúmulo de cuántos que no necesariamente son definitivos. La realidad en uno está constituida e interceptada por otras tantas realidades.

Sin que importen el caos y la entropía enloquecida, siempre la palabra será libertad y refugio. Soledad y silencio son más que una circunstancialidad, en realidad, constituyen una especie de portal hacia el ser interior, el dialogo con este para reconocerse más allá de los axiomas y razonamientos lógicos, dando lugar a la creación, como en Poema en silencio, p. 49.

La tercera sección, Biyecciones, es decir, el emparejamiento exacto de los elementos de dos conjuntos. Después de haber transcurrido en difracción, nada puede ser igual, nuevos elementos de la vida se adhieren, en el sufrimiento y el error se aprende y se madura. Evolucionamos conservando la esencia de nuestro pasado, pero lo nuevo adherido se sustancia también, en multiplicidad, realidades distintas encontradas en un vértice poderoso, es decir, el fruto, el hijo. Poderoso no por el simple hecho de existir, sino por su significado y trascendencia.

El firmamento tiene espacio terreno. Las corrientes arrastran y difuminan el rostro, la identidad, desaparecen los rastros y el hombre se consume en la espiral consumista, como se esfuman las horas en el poema Praxis (p. 56-57). Así las grietas que actúan como agujeros negros, consumiendo los sueños y hundiendo el horizonte; con la caída de los astros, el silencio se abriga y se establece el imperio del vacío.

Firmamento, infinito, ¿sinónimos? Sí y no. De pronto, determinados espacios pueden tener delimitaciones por el grado de alcance incipiente que se pueda tener o por la naturaleza del objeto en cuestión. Está claro que un firmamento puede ser infinito desde el punto en que se encuentra una visión. Viaje y destino sustentado en la expectativa contrapropuesta a la indiferencia de quien nadie espera. Es cuando comienzan a jugar los astros, el azar. Y claro, Nadie cerró la puerta al firmamento, poema que se encuentra en las páginas 60 y 61.

Pero en ese infinito hay oscuridad, frío. También un faro, quizá la luz de la esperanza, como dice el poema Criterio (p. 62-63): «Más que las verdades, / las dudas nos abren el alma, / nos sacan a fenotipo / de nuestras oscuras realidades.»

La verdad no es absoluta, actúa como un cuánto en cada momento, así la realidad. Quizá, la verdad en uno mismo no es más que el entendimiento del otro, la complementariedad. «¿Eres aún feliz?», es la pregunta clave en el poema Criterio, porque la felicidad quizá no es la verdad en uno de los protagonistas, esta adquiere su propia connotación en la realidad de ambos por separado. Pero, ¿la felicidad es absolutamente plena al margen de los accidentes o de lo que acontece a nuestro alrededor? La herida aún solloza en el poema «Dime» (p. 60). Y pregunta

al amor del pasado, cómo detener el día para alargar la noche en sus cabellos.

Los ojos puestos al infinito, hacia esa «oscura materia», no solo representa el vuelo, el advenimiento de la palabra, sino también el prelude de una obra que es consecuencia de esta, pero más elevada en su proyección poética, al grado de haber sido galardonada por el certamen María Teresa Sánchez (2017), auspiciado por el Banco Central de Nicaragua.

Mañana (p. 70-71) es el poema que cierra el libro. La voz poética le dice a su amada que duerma, que lo deje dormir el sueño de ella, con la tentativa de encontrarse o, que se vaya con el viento.

En el poemario *Ojos al infinito* hay un lazo fuerte, contiene una y varias verdades de un hombre que, en el tiempo creativo empleado más el que permaneció inédito, guardó su dolor, su frustración de amor. El fruto procreado representa lo sublime que aún habita en él, su realidad de ternura paterno filial.

En todo recorrido tropezamos, nos herimos, pero aprendemos y maduramos. La evocación del pasado es por la condición primaria de la existencia, del fundamento amoroso representado en la casa, en la madre incondicional, en la abuela encarnando tradiciones. Y como todo caminante, ha buscado las sombras, parajes que calmen sus fisiones y descansar su cabeza para conciliar no solo el sueño, sino también la visión más allá de su propia realidad, la búsqueda de nuevas razones y destinos, quizá, sus raíces mismas, el refugio de siempre.

Aunque el pasado vaya quedando lejos y el presente esté condicionado a nuevas realidades, el indiscutible nexo-hijo

es tan poderoso, como la palabra misma esculpida a fuerza de desvelo creador. El poeta, un joven maduro, habiendo explorado la infinitud, se presta a su plenitud más allá de la materia oscura.

9 de febrero del 2018.

Nandaime, Granada.



***La perseguidora* y el conflicto trunco de Maynor X. Cruz**

La perseguidora (Estelí, 2017), del joven escritor matagalpino Maynor Xavier Cruz, novela corta de doce capítulos publicada en formato de bolsillo.

Quien no esté al corriente de las nuevas tendencias en la narrativa, podría calificar esta obra como un cuento extenso, quizá acostumbrado a leer novelas superiores a las 120 páginas en un formato normal de libros, lo que comúnmente conocemos como 1/16. Su brevedad y modalidad de edición no la descalifican como novela, a juzgar del movimiento de su historia, el concurso de sus personajes, escenarios y la trama concebida.

De la posible discusión posterior

No es el propósito en esta ocasión, pero quizá, en la idea de un sano intercambio acerca de la novela en Nicaragua, hemos de preguntarnos: ¿Qué es la novela en la actualidad? ¿Una novela, en cuanto a extensión, debe ser como aquellas clásicas y tradicionales? (*Crimen y castigo* – Dostoievski–, *El nombre de la rosa* –Eco–, *Cien años de soledad* –Gabo–, *La fiesta del chivo* –Vargas Llosa–, *La vieja sirena* – Sampedro–, *Castigo divino* – Ramírez–, *Túnica de lobos* – Espinoza–, entre muchas). ¿Cuáles son las características esenciales de la novela corta?

Desarrollo de historias entrelazadas. Escenarios. Personajes que actúan y se relacionan de formas diversas con sus particulares psicologías. Protagonismos y antagonismos. Realidad-ficción en efecto unitario, lineal o fragmentario. Estrategia y técnicas narrativas. Estructura. En fin, un conjunto de elementos que se toman en cuenta en la

construcción novelísticas. Lo han dicho Milán Kundera, Carlos Fuentes, Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, José Luis Sampedro, entre otros.

En la actualidad, la tecnología a gran escala y la expansión mediática incorporan a la vida mayor aceleración. ¿Esta realidad actúa en contra de la lectura detenida como lo hicieron los lectores de Boccaccio o Víctor Hugo? Lo que está claro, es que nuevas realidades y perspectivas se imponen; la literatura, que también es vida, se mueve y adapta.

El autor de *La perseguidora*, libro que me ocupa, es un joven estudioso de la literatura, un representante de este tiempo, donde muchos de sus generación y más jóvenes, gustan del planteo directo, de la historia concreta, porque la vida y el mundo están agitados y los acontecimientos ocurren –o se difunden– con velocidad, agolpándose. El vértigo social cunde y las historias cambian instantáneamente. De ahí que, la capacidad de síntesis sea fundamental. No hay lugar para el redondeo, el pajeo, las descripciones y explicaciones innecesarias.

La novela, al margen de lo conceptual y de los criterios respecto a su extensión, debe concentrar un movimiento determinado, uno o varios conflictos que desarrollar. La vida son historias, conflictos, que la literatura los relata en forma de novela, cuento, drama, e incluso, poema. Siempre hay una psiquis manifestada y en contradicciones, en sí y con relación al mundo exterior. Cada novela es un mundo en sí misma, ya contada en sesenta o novecientas páginas.

Sin embargo, el problema planteado al autor de novelas cortas, es el cabal desarrollo de su historia, en una medida espacial y temporal propicia para alcanzar solidez. La trama no solo debe explayarse en su cometido narratológico, sino también en su discurso y estética.

La historia a lo graduado, pero distinta

La novela tiene como escenario central la ciudad de León, donde se retrata la vida estudiantil universitaria con el lenguaje propio de los jóvenes, específicamente de la Preparatoria de la UNAN-León. Un joven becado originario de Sébaco, Matagalpa, narra su aventura, donde a ratos aparece la psicóloga Alicia. El ambiente cultural urbano y las convivencias juveniles fluctúan entre fiestas, café, droga, licor y sexo; interactúa también la intelectualidad leonesa y la representación de una clase social con cierto poder económico, conservadora y mojigata.

Los personajes de la obra *El graduado*, Benjamín Braddock y la señora Robinson, se retoman en circunstancias y argumento distinto. En *La perseguidora* sus personajes se lían como amantes porque se atraen y desean. En rol de la señora Robinson, Renata, una mujer 46 años de edad, casada, consumidora de sedante (Rivotril) y con una hija única universitaria. En el rol del graduado Benjamín, él, el joven universitario pronto a graduarse y que aparece sin nombre en la novela, de 23 años de edad, escritor y asiduo visitador de bares leones, participante sin falta de tantos encuentros étlicos de amigos.

La novela va directo a la acción, consecuente con su brevedad y precisión. Plantea de inicio un conflicto: «Esto de andar con una mujer casada es cosa seria» (p.9). Habían transcurrido once meses desde que conoció a Renata Palacios, convertida en su amante, «perdiéndose cada día por ella. En ella. Con ella» (p. 9), porque «En su espalda terminaba el cielo y empezaba el mar» (p. 20), ahogándose y muriendo.

La relación estuvo marcada por lo pasional y la conversación intelectual, rica en conversaciones acerca de libros y poetas nacionales (Gonzalo Rivas Novoa, Edwin Yllescas, Beltrán Morales y Juan Chow). Hasta que llegó el momento del giro inesperado e indeseado, cuando surge el verdadero conflicto de la trama novelística, que paso a exponer:

Josué, amigo del joven escritor amante, era el novio de Gema, hija de la amante mayor, Renata. En un par de ocasiones compartieron –sin que la joven se diera cuenta– la habitación y la misma cama, cada cual con su pareja. Una de esas noches, Gema encontró una fotografía de una espalda desnuda con un poema escrito guardada en un libro del amigo de su novio, al reconocerla, lo descubrió todo con su natural y consecuente reacción iracunda.

Luego, aparece Renata dolida, con el propósito de enterar lo ocurrido entre ella y su hija, a quien confesó su relación con el joven escritor. Este, sin embargo, ya estaba al tanto por su amigo Josué. Resultado: Renata y su hija viajan hacia Panamá al lado del jefe de familia.

Transcurrido un año, cuando el joven escritor se encontraba en labor periodística en el concierto de Juan Luis Guerra en la capital, la vio entre el público y esta, mediante mensajes de textos a su celular, le envió señales que demostraban el estado de suspensión de aquella historia, con la frase final: «Nos vemos pronto en León».

El conflicto trunco

Antes describí el conflicto que originó un doble rompimiento, el de Renata y el joven escritor universitario, y el de Gema –la hija– y Josué –el amigo del amante–. Aquí mi observación crítica a la obra.

Tomando en cuenta que el autor no desea extensiones más allá que la prevista en su historia, este pasaje importante y que determina el final, en virtud de desarrollar el conflicto llevándolo al máximo de la tensión, se queda en la referencia, en el supuesto que el lector será capaz de desentrañar lo que no se cuenta, aplicando la técnica del mini cuento.

En novela debe haber desarrollo por muy corta que sea, porque al fin de cuentas, es un relato de sucesos posibles o verosímiles en la historia que se narra; el conflicto es su sustancia dinámica, la que enriquece su movimiento y la lleva a su máxima realización. Observemos *La metamorfosis* de Franz Kafka, *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, *El perseguidor* de Julio Cortázar, entre otras.

Desde mi punto de vista, este episodio es somero, muy por encima, cuando en verdad debió dedicarse más a fondo, en tanto es el nudo desencadenante del conflicto esencial que desembocó en reacciones y decisiones terminantes de la aventura. El conflicto debe desentrañarse, por mucha brevedad que se pretenda. El arte no está en abandonarse a la simple referencia, sino en desarrollarlo con economía de palabras, como bien lo logra Cruz en el conjunto de la obra.

Hubo conmoción, dolor, decepción en Gema al descubrir la aventura de su madre. La hija única se solidarizó con su padre viajero e ignorante de las pasiones de su esposa. Se trata de una familia de clase social alta, cuya armonía -por interpretación lectora- está basada en la estabilidad matrimonial, aunque sus mentes estén abiertas a las actuales tendencias juveniles -caso de Gema-, como concebir las relaciones sexuales en el noviazgo.

Hay un componente moral y psicológico implicado en el conflicto. Ahí, entonces, la necesidad de desentrañarlo para

que la historia cumpla con su trayectoria demarcada, para que las actuaciones de sus personajes se sustenten, máxime cuando entre los amantes existía un avance en la complementariedad, a pesar de todas las «razones equivocadas».

El joven autor promete

La perseguidora es la segunda novela de Maynor X. Cruz; *Palpitaciones* (2015) fue la primera publicada. Escritor de cuentos mínimos y breves. Su estilo está bien definido, mordaz y directo. Es, sin duda, uno de los narradores jóvenes más inquietos y prometedores, con una observación crítica de situaciones urbanas y de interiores familiares, en una época donde muchos conceptos de la vida y de la moralidad están variando, pese a la cruzada oscurantista que se desarrolla desde los centros de poder.

En su segunda novela afina su crítica social. León, la ciudad universitaria, como probablemente en todas las ciudades de Nicaragua, esconde historias que se gestan en el silencio o el secreto, sobre todo en las clases más pudientes o intelectualmente representativas. De ese caldo y de la vivencia estudiantil universitaria, se ha alimentado Maynor X. Cruz, el de las frases punzantes.

Managua, 7 de marzo del 2018.